

## **RESISTIENDO Y TRANSFORMANDO LA CULTURA DE LA VIOLACIÓN: UN POSICIONAMIENTO ACTIVISTA PARA EL TRABAJO TERAPÉUTICO CON HOMBRES QUE HAN EJERCIDO VIOLENCIA**

Vikki Reynolds, supervisora terapéutica y activista comunitaria, Vancouver, Canadá<sup>1</sup>  
Traducido por Ignacio Moreno Fluxà, Instituto de Filosofía, Universidad Diego Portales\*

Este escrito es un intento por establecer una conexión entre un posicionamiento desde el activismo por la justicia social que apunta a resistir, desmantelar y transformar la cultura de la violación (Buchwald, Fletcher y Roth, 2004) que existe dentro de una cultura de violencia más amplia (hooks, 1984, 2000), con el trabajo terapéutico con hombres que han ejercido violencia. Esta aproximación a la resistencia y la transformación de la cultura de la violación requiere de un posicionamiento ético con respecto al hacer justicia que se apoye en el feminismo, el análisis anti-opresión y la práctica decolonial (Reynolds y Polanco, 2012; Reynolds y Hammoud-Beckett, 2012). Como terapeutas y trabajador□s comunitari□s, nuestro trabajo con hombres que ejercen violencia tiene lugar en el contexto de la cultura de la violación.

Trabajar con individuos hombres que perpetran violaciones, violencia sexual y otras formas de violencia (similar al trabajo con individuos mujeres que han sobrevivido a violaciones) no aborda necesariamente el proyecto social de transformar la cultura de la violación. Si dicho trabajo se centra en el cambio social en lugar de solo entregar el servicio social necesario (Kivel, 2007), entonces no adapta a las mujeres a la cultura de la violación, ni solo rezurce a mujeres individuales, ni vuelve a hombres individuales responsables por contextos sistémicos de violencia. Los hombres que ejercen violencia son responsables individualmente por sus acciones, pero no son responsables por sí solos de estar en una cultura de la violación dentro de una cultura más amplia de violencia.

En este artículo abordaré la tensión entre mantener la dignidad y la seguridad de mujeres y niñ□s al centro a la hora de trabajar en que los hombres se responsabilicen por su violencia y mantener, al mismo tiempo, la dignidad y humanidad de estos hombres. Nuestro análisis sistémico adopta esta responsabilización\*\* junto con una responsabilización colectiva para resistir y transformar la cultura de la violación. Este trabajo requiere una sólida supervisión informada por el feminismo y una responsabilización para las víctimas de la violencia por parte de hombres. El trabajo con hombres que han ejercido violencia y el trabajo con mujeres victimizadas por la violencia de hombres no tienen por qué competir entre sí, dado que tod□s podemos resistir y transformar colectivamente la cultura de la violación.

[30]

---

<sup>1</sup> Más artículos por Vikki, y muchas de sus referencias a continuación, pueden encontrarse en su sitio web [vikkireynolds.ca](http://vikkireynolds.ca).

\* [ignacio.moreno@udp.cl](mailto:ignacio.moreno@udp.cl)

\*\* *Accountability*: la idea de que alguien puede ser responsabilizable por lo que ha hecho, de que puede exigírsele a alguien que rinda cuenta de sus acciones. [N. del T.]

## **UN POSICIONAMIENTO ÉTICO PARA EL TRABAJO: FEMINISMO, DECOLONIALISMO Y ANTI-OPRESIÓN**

Una postura para el hacer justicia posiciona a lxs terapeutas para responder a nuestro trabajo como activistas y para trabajar en pos de un cambio estructural socialmente justo, junto con nuestro trabajo respondiendo al sufrimiento de clientxs individuales. Esto requiere de una resistencia crítica contra la neutralidad y la objetividad (Cushman, 1995) dentro de las profesiones de asistencia. Como practicantes involucradxs en el trabajo de crear sociedades más justas, no somos neutrales u objetivxs sobre la violación: estamos en contra. La resistencia crítica requiere que desarrollemos un análisis complejo del poder y de la opresión que reconozca al contexto social de sociedades injustas como el fundamento de la violencia de los hombres contra las mujeres. En el trabajo vinculado a la violencia sexual, esto significa que resistir y transformar la cultura de la violación es parte de nuestro posicionamiento ético como practicantes.

Arribo a este trabajo de resistencia contra la violencia de los hombres sobre los hombros del feminismo que atiende a las intersecciones del poder: el análisis feminista que cuestiona no solo el patriarcado, sino también los modos sistémicos y estructurales en que las mujeres son marginalizadas y victimizadas, abordando los ámbitos de la colonización, el racismo, la clase, la religión, el estatus de inmigración, la orientación sexual, el capacitismo y las numerosas formas en que las mujeres son oprimidas.

Como activistas que promueven la práctica decolonial (Akinyela, 2002; Razack, 2002; Walia, 2012), comenzamos con la responsabilización con respecto a los pueblos indígenas de los territorios en que vivimos y trabajamos para toda nuestra organización. Como colonia blanca, al tiempo que abordo el trabajo con hombres que ejercen violencia, quiero responder responsablemente a la colonización y los pueblos tradicionales de la tierra.

Utilizaré el lenguaje de hombres y mujeres para hablar sobre el impacto de la violencia de los hombres con miras a una redacción menos complicada y porque no quiero ensombrecer la responsabilidad de los hombres por su violencia. Pero reconozco y deseo que quien lea el texto mantenga en mente que los entendimientos binarios del género que nombran solo a hombres y mujeres borran (Namaste, 2000) las experiencias y vidas de personas transgénero y de género variante.

## **LA CULTURA DE LA VIOLACIÓN**

Denominar a la violación una cultura no es un intento por ser provocativa o emotiva, sino un acto de transparentar el poder y nombrar la violencia sin eufemismos ni minimizando el lenguaje. La cultura de la violación se refiere a la normalización de la violencia

[31]

sexual y de las prácticas sistémicas de inculpación de las víctimas, particularmente mujeres, por ser violadas (Prochuk, 2014).

Denomino a la violación una cultura porque una de cada tres mujeres en Canadá será agredida sexualmente en su vida (National Status of Women, 1993). En Canadá, 6 a 8% de los casos de violación son

reportados (Statistics Canada, 1993). Los cargos del 40% de esos reportes son aprobados. Dos tercios del 40% van a la corte, 1,8% de esos casos terminan en condena y 0,8% de los perpetradores condenados cumplen tiempo de prisión.

De acuerdo con las Naciones Unidas (2010):

El porcentaje de mujeres que experimentan violencia sexual al menos una vez en la vida oscila entre alrededor de 4% en Azerbaiyán, 5% en Francia y 6% en Filipinas, a un cuarto o más mujeres en Suiza (25%), Dinamarca (28%), Australia (34%), República Checa (35%), Costa Rica (41%) y México (44%) (p.13).

Hay gran debate en torno a estas cifras, lo que ensombrece el punto adrede. La muy real amenaza de la violación y de otras formas de violencia por parte de hombres sirve para controlar a las mujeres, y eso no es medido por estas estadísticas. Esto es cierto pese al hecho de que las mujeres no sean victimizadas y oprimidas de las mismas formas, por cuanto muchas mujeres, incluyendo mujeres ‘minorizadas’, marginalizadas, ‘racializadas’, discapacitadas, transgénero y pobres están en mayor riesgo de violencia debido a la opresión estructural. (Uso los términos minorizadas, marginalizadas y racializadas con el propósito de nombrar el poder y la intención requerida en el proyecto racista y colonial de reconstruir a la mayoría de la gente en el mundo como una colección de minorías). Cuando un hombre golpea una pared con el puño y exige obediencia de parte de su familia, no necesita golpearles. Eso es violencia, pero no es medida por el estado, ni tampoco responde por ella.

El escrito de la psiquiatra estadounidense Judith Herman (1992) presenta un fundamento necesario para la mayor parte del trabajo con trauma psicológico. Herman dice que la agresión sexual es tan prevalente que no debería ser considerada una conducta desviada, sino que puede ser más entendible como conducta conforme a la norma. La terapeuta estratégica argentina-estadounidense Madanes, junto con Keim y Smelser (1995), cree que el mayor problema social que enfrenta la sociedad es la violencia de los hombres, en sus formas sistémicas, incluyendo lo que bell hooks (1984, 2000), una educadora negra radical de Estados Unidos, llama la cultura de la violencia.

[32]

Como sociedad les preguntamos a las mujeres por qué no denuncian la violación, por qué no sacan la voz, por qué no dejan a los hombres que son abusivos. Les hacemos preguntas a las personas equivocadas. Muchas fuerzas policiales han publicado campañas de concientización pública sobre cómo las potenciales víctimas de violación deben comportarse, cargándole a las mujeres la responsabilidad de no ser violadas. Un afiche de la Policía de Sussex en el Reino Unido (Sussex Police, 2011) se titula Sé inteligente, dile no al sexo que no quieras y date a entender claramente.

¿Qué tiene que ver eso con la violación? La violación y el sexo son ámbitos completamente distintos: uno está en un ámbito íntimo consensual mientras que el otro es un acto de violencia en que una persona actúa violentamente hacia otra persona porque tiene el poder de hacerlo. Cuando la policía les dice a las mujeres “dile no al sexo que no quieras”, revela que sistémicamente la policía no puede o no quiere notar la diferencia entre el sexo y la violación.

Las fuerzas policiales y sus consultorxs guardan silencio a la hora de aconsejar a los hombres. Felizmente, las feministas tienen consejos para los hombres. En un afiche titulado Alto a las violaciones: 10

consejos para acabar con las violaciones (Rape Crisis Scotland, 2011), las feministas ofrecen una inversión activista del lenguaje como resistencia. “Si te apeas para ayudar a una mujer cuyo auto se descompuso, recuerda no violarla”. “Usa el sistema de amigos. Si no eres capaz de frenarte de agredir sexualmente a alguien, pídele a un amigo que se quede contigo cuando estás en público”.

Darle consejo paralelo a los hombres parece ridículo y condescendiente, posiblemente insultante, y un ataque a la cultura de hombres responsables. Esto encaja con lo que Judith Butler (1997) llama “actos indecibles”. Las mujeres no les dicen a los hombres cómo actuar. Pero las campañas policiales que les dicen exactamente las mismas cosas a las mujeres de alguna forma sí califican. No hay 10 consejos para los hombres porque la cultura de la violación localiza la responsabilidad de no ser violada completamente del lado de las mujeres. La cultura de la violación enseña “no seas violada”, no “no violes”, y que feminismo es la palabra con ‘F\*’ (The “F” Word Media Collective, 2014).

De acuerdo con los terapeutas canadienses basados en respuestas Linda Coates y Allan Wade (2004, 2007), el lenguaje puede ensombrecer la violencia, esconder la resistencia de la víctima a la violencia, esconder las responsabilidades del perpetrador y culpar a las víctimas por la violencia. Si consideramos las cuatro operaciones del lenguaje de Coates y Wade, podemos ver cómo los discursos de la violación y la violencia sexual ‘invisibilizan’ y hacen desaparecer la resistencia de la víctima, al tiempo que ensombrecen la existencia de la violencia, como nombrando la violación como ‘hacer el amor’ o ‘tener sexo’. A menudo el hombre no está siquiera presente en la re-narración de los hechos, como si una mujer fuera violada pese a que ningún hombre

[33]

cometió el acto. Culpar a las mujeres por ser violadas es un lugar común y silencia a muchas mujeres de nombrar los eventos o a sus atacantes. El lenguaje es utilizado en relación con la violencia de los hombres de modos que confunden el sexo y la violación, lo cual es un proyecto del activismo feminista que esperábamos haber ganado.

El discurso legal aún investiga si la mujer se defiende o no, asumiendo la ausencia de lucha violenta como consentimiento. Esto borra y hace desaparecer la resistencia de la mujer a la violación. Toda mujer, niño, hombre o persona transgénero que es violada se defiende en un 100%. La resistencia siempre está presente cuando hay opresión y la forma que la resistencia de una persona toma está atada a su acceso al poder (Wade, 1997; Reynolds, 2010). Cuando un hombre tiene una navaja en tu cuello y dice “no grites” y tú prudentemente te callas, es un acto de resistencia por tu vida. No es ‘no defenderse’ y no es consentimiento.

Muchos activistas trabajando por desmantelar la cultura de la violación creen que los sistemas legales no pueden proporcionar resguardo de la violación. Las opciones actuales del sistema legal a la hora de responder a la violencia sexual tienen defectos, pero son lo que tenemos para trabajar mientras luchamos por opciones más justas. Encerrar a hombres individuales no desmantela la cultura de la violación ni les da seguridad a las mujeres. No me siento segura por que hombres pobres, colonizados y marginados

---

\* *The F' word* (o la palabra con ‘F’) es el modo en que, en el inglés, se evita decir *fuck (joder)*, al tratarse de una mala palabra. En la metáfora señalada por la autora, el feminismo sería considerado una mala palabra por parte de la cultura de la violación, una palabra innombrable. [N. del T.]

lizados sean encarcelados. Lo que eso consigue es violar la dignidad y la humanidad de otro hombre, y eso puede ser peligroso para las mujeres, las personas transgénero y otros hombres que tienen menos acceso al poder. Muchos de los hombres con que trabajo han estado en prisión por extensos períodos de tiempo y han sido sujetos a institucionalizaciones.

No estamos observando únicamente sistemas legales que de acuerdo con el activista transgénero estadounidense Dean Spade (2011) fueron “formados por y existen para perpetuar el capitalismo, la supremacía blanca, el colonialismo y el heteropatriarcado” (pp. 15-16) para resistir y transformar la cultura de la violación. Estamos observándonos entre nosotr@s como mujeres, hombres responsabilizables y personas transgénero y de género variante en la comunidad.

### **El feminismo es para tod@s**

bell hooks (2000) enseña que “el feminismo es para tod@s”: mujeres, hombres y personas transgénero y de género variante.

No veo un conflicto entre trabajar con mujeres que han sobrevivido a la violencia por parte de hombres y trabajar con hombres que han perpetrado violencia contra mujeres. Pese a importantes diferencias, de ciertas formas es el mismo trabajo. Sí experimento una tensión ética en términos de mantenerme a mí misma responsable en todo mi trabajo frente a las

[34]

mujeres y niñ@s que han sufrido violencia por parte de hombres. El objetivo colectivo en todas las facetas de este trabajo es resistir, desmantelar y transformar una cultura de la violación – tener una sociedad en que tod@s estén a salvo y sean dignificad@s.

## **¿QUÉ ME POSIBILITA TRABAJAR CON HOMBRES QUE HAN EJERCIDO VIOLENCIA?**

### **La cultura de los hombres responsabilizables**

Creo en la “cultura de hombres responsabilizables” (Reynolds, 2002), lo que significa que creo en que los hombres pueden y deben elegir ser responsabilizables por su acceso particular al poder y el privilegio de los hombres. No todos los hombres tienen el mismo acceso al poder. Las posiciones sociales que están comprometidas en los ámbitos de la identidad, tales como la raza, la clase, la educación, la orientación sexual, el estatus migratorio y otros lugares tanto de ventaja como de opresión, componen la complejidad del acceso de un hombre al poder (Crenshaw, 1995).

Tengo el privilegio familiar de estar conectada a hombres no perfectos, pero buenos, y a hombres que pueden responsabilizarse mutuamente y a hombres que han hecho enmiendas. Mi padre, mis hermanos y cuñados son padres comprometidos, mis sobrinos son jóvenes decentes y amables, y esto amplifica mi esperanza de que los hombres puedan ser responsabilizables. Esta familia extendida de hombres responsabilizables y mujeres amorosas y fuertes es un privilegio que me abastece. Me apoyo en esta

creencia y experiencia en la cultura de los hombres responsabilizables a la hora de involucrarme ética y efectivamente en el trabajo con hombres que usan violencia.

### **Lecciones del corredor de la muerte**

Lo que me posibilita trabajar con hombres que han sido violentos es el activismo en que me involucré contra la pena de muerte en Estados Unidos mucho antes de ser terapeuta. Me involucré en el trabajo contra la pena de muerte en Estados Unidos porque cuando las naciones-Estado matan a sus propi@s ciudadan@s, pueden matar a l@s inocentes (y lo hacen), así como criminalizar y ejecutar a oponentes polític@s y activistas.

Lo que aprendí sobre los hombres bajo pena de muerte es que las personas son mucho más que lo peor que hayan hecho (Reynolds, 2010). Los hombres en el corredor de la muerte no son asesinos. Son hombres que asesinaron a alguien. Son jugadores de tercera base. Son el padre de alguien. Son el hijo de alguien. Pueden ser

[35]

guitarristas. Son poetas. A veces son hombres inocentes, a veces son hombres culpables, pero son seres humanos, y hay mucho más en un ser humano que aquel único acto que utilizamos para definirles. El gobierno de Estados Unidos ha ejecutado a gente inocente y liberado a mucha gente inocente del corredor de la muerte antes de sus ejecuciones, a veces tras 20 años de encarcelamiento (Cohen, 2012). Todos los hombres en pena de muerte con los que trabajé en Estados Unidos fueron ejecutados.

Uno de esos hombres fue Roger Coleman, quien fue ejecutado en 1992. Coleman había cometido una violación cuando joven y cumplió una sentencia de prisión. El hecho de que fuera culpable de violación era utilizado para construir su identidad como un monstruo. Para que una democracia mate a un@ de l@s suy@s, es necesario construirlo como algo menos que humano, y es por eso que debemos resistirnos a utilizar un lenguaje que llame a las personas pedófilas o asesinas o violadoras y que cree una construcción de identidad de un hombre como inhumano. Esto apuntala la pena de muerte y el uso de la violencia por parte del Estado, de modo que tenemos que desmontarlo en todos los niveles para resistirnos a participar de los asesinatos estatales y de la cultura de la violencia. El hecho de que Coleman haya sido visto como violador, construido como un monstruo y deshumanizado, es lo que hizo posible que el Estado lo matara.

Una de las cosas que aún me estremecen es el hecho de que el Estado y el complejo industrial penitenciario cooptaran nuestra resistencia contra la violación para matar a ese hombre en nombre de la seguridad de las mujeres. No es esto lo que quiere el feminismo. No se hace justicia.

Debemos ser cuidados@s y crític@s sobre cómo nuestro activismo bienintencionado puede potencialmente ser usado para justificar y fortalecer las estructuras a las que nos oponemos (Smith, 2006; Spade, 2011). Por ejemplo, el activismo feminista contra una cultura de la violación ha sido utilizado en algunos contextos para destinar más recursos a la aplicación de la ley y al aparato legal, como a tribunales e investigaciones, nominalmente para la seguridad de las mujeres, en contraste con los amplios recortes a programas basados en feminismo, tales como refugios, consejerías y defensa jurídica.

### **Prestándole atención al poder**

Abordar el poder es menester al trabajar con hombres que perpetran violencia, como en cualquier trabajo terapéutico, porque las profesiones de asistencia están inmersas en relaciones de poder. Como terapeuta, yo tengo poder en estas relaciones, y trato de hacer eso público en lugar de mitigar el poder o minimizarlo e ignorarlo. Como terapeuta informada por el activismo, busco resistirme a replicar la opresión. Para abordar el poder es necesario que observemos las intersecciones de

[36]

los dominios del poder (Crenshaw, 1995; Robinson, 2005), especialmente al trabajar junto a hombres pobres, racializados e institucionalizados.

El activista brasileño por la educación popular Paulo Freire (1970) denominó diálogo al espacio en que tiene lugar la práctica liberadora, algo que solo puede ocurrir en ausencia de opresión. Si abuso de mi poder con un hombre, no podemos estar en diálogo. Trabajo principalmente con hombres pobres y con hombres institucionalizados que no tienen cobijo. Si organizamos nuestro trabajo simplemente en torno a la responsabilización de género de los hombres con respecto al poder patriarcal, entonces ese cliente tiene que ser responsabilizable para mí. Pero nos encontramos en las intersecciones del poder y la identidad. Yo tengo techo, soy terapeuta. Cuando me encuentro con un hombre que ha ejercido violencia en el espacio de terapia, estamos en un ámbito en que yo tengo competencias, y él está allí porque, a menudo, no puede hacerse cargo de su vida. Esa es una intersección de poder frente a la que debo ser responsabilizable.

No parto de una concepción del poder que diga que él es un hombre y ha sido violento, o que yo soy una mujer que ha sido víctima de violencia masculina, de modo que él debe ser responsabilizable frente a mí. Eso no es útil ni provechoso. En el corazón de mi trabajo se halla una postura de amor terapéutico (Tomm, 1990) y de compasión por este hombre junto con compasión y responsabilización frente a la mujer a la que ha victimizado. Si no tuviera amor terapéutico y compasión por este hombre y no creyera en la cultura de hombres responsabilizables, entonces sería incapaz de hacer este trabajo.

Pienso que una terapia que daña a los clientes es peor que ninguna terapia, por muchas razones, especialmente porque arrebata la esperanza de que algún trabajo terapéutico en el futuro pueda ser útil. Si los terapeutas causan daño, ellos no sufren las consecuencias, pero las mujeres y los niños en la vida de ese hombre se vuelven más vulnerables. Esto es especialmente importante porque los hombres con los que trabajo no se esconden detrás del dinero y de los privilegios de la cultura dominante cuando ejercen violencia; a menudo irán a prisión.

Otra competencia requerida al trabajar con hombres que han ejercido violencia es el prestarle atención al suicidio, que está siempre cerca. Como practicantes, necesitamos la capacidad de ‘mantener’ a los hombres que han ejercido violencia contra mujeres y niños en este mundo y crear una contención ética para el trabajo como parte de una ética de la pertenencia (Richardson y Reynolds, 2012). Pienso que el odio mata (Reynolds, mimeo) y que el suicidio es un problema social, que no ocurre dentro del paisaje cerebral de una persona, sino en el mundo social donde se abusa del poder y la gente es lastimada. Algunos hombres con los que he trabajado que han violado y asesinado mujeres creen que su suicidio

sería justificado por la sociedad y que, de hecho, representaría una condena de muerte no oficial en su contra. Una ética del hacer justicia me infunde resistencia a la muerte de este hombre y sostener un

[37]

análisis del suicidio como un problema social, en oposición a las ideas psicológicas que enmarcan el suicidio como un problema individual por el cual él es el único responsable. La lucha de este hombre con lo que es llamado suicidio está influenciada por el odio y por una cultura de la violencia que responde a los complejos problemas de la violencia contra las mujeres con asesinatos estatales y desviando recursos que podrían promover la seguridad de las mujeres a mayor financiamiento del complejo industrial penitenciario y del aparato estatal.

En la resistencia contra la cultura de la violencia, necesitamos sostener un análisis del suicidio que se resista a culpar al individuo por tomar su propia vida, especialmente cuando esa vida le ha sido arrebatada. En el trabajo con mujeres que han sufrido violencia sexual, cuandoquiera que una mujer ‘se suicida’, entendemos que su muerte está conectada con las múltiples experiencias de violencia y agresión sexual que ha padecido; cuestiones de opresión tales como el hetero-patriarcado, la supremacía blanca y la pobreza; y nos resistimos a culpar a la mujer ya sea de la violación que sufrió o de su muerte.

### **Responsabilidad personal y responsabilización colectiva**

Nuestra responsabilización colectiva como terapeutas con una ética del hacer justicia nos exige trabajar con miras a cambiar las estructuras de injusticia social que promueven la cultura de la violación. Cuando los terapeutas ponen la responsabilidad por la sociedad socialmente injusta sobre los hombres de hombres jóvenes individuales, pienso que eso es violencia terapéutica y que no le ayuda a ese joven, ni a la mujer a la que ha victimizado, ni a las mujeres y niños a los que potencialmente podría victimizar (Jenkins, 1990). Si no ayudamos a este joven que está dispuesto a hablar con nosotros, de nuevo, las consecuencias no solo serán experimentadas por él, sino también por las mujeres a las que podría victimizar en el futuro. Todo nuestro sufrimiento está conectado, tal como todas nuestras liberaciones están conectadas entre sí. Así que si bien quiero responsabilizar a los hombres en un 100% por lo que hacen, no son responsables, sin embargo, por el contexto social.

Nuestros jóvenes han sido criados en la cultura de la violación y luego se les responsabiliza como si ellos hubieran inventado la misoginia. Ellos no inventaron la misoginia ni el patriarcado; están nadando en él. Pienso en esto en relación con mi propia posición en torno al racismo y la colonización. No puedo decir que sea una persona no-racista – eso sería una mera pretensión de verdad que no podría respaldar con hechos. Crecí en una sociedad racista en una cultura racista. Soy una persona de piel blanca de una cultura colonizadora en un territorio que le fue robado a pueblos indígenas, esto es, los pueblos de las Primeras Naciones, el pueblo métis y el pueblo inuit, a través de la invasión, la ocupación, el genocidio y la asimilación (Hill, 2010). El territorio está empapado de la sangre de los pueblos indígenas en Canadá, frente a lo cual no ha habido responsabilización.

[38]

¿Cómo puedo pretenderme no-racista en este territorio?

Lo máximo que puedo pretender es adoptar una posición contra el racismo, la colonización y el genocidio. Si lo tengo establecido como una intención y en un momento dado me esfuerzo por no ser racista, puede que lo consiga – pero en cuanto baje la guardia o no le preste atención al racismo, lo replicaré. ¿Cómo puedo esperar que un quinceañero haga más que eso y no replique la cultura de la violación y la cultura misógina que conforma la sociedad en la que nada y respira? ¿Y qué tendría de justo dejarlo solo y responsabilizarlo individualmente por eso?

Cuando trabajo con hombres que han sido violentos y jóvenes que han sido sexualmente coercitivos, por ejemplo, no comienzo responsabilizándolos por la violencia. Les pregunto dónde aprendieron sobre violencia. Nunca he conocido a un hombre que haya inventado la violencia. Todos los hombres con los que he trabajado primero fueron víctimas de violencia, particularmente por parte de hombres. Experimentaron violencia en el cuerpo. Así es como fueron adiestrados en las ideas de la violencia. Así que debemos partir por aquí.

#### **Responsabilización para las mujeres y l@s niñ@s victimizad@s por hombres que ejercen violencia**

Mantener el trabajo con hombres que han ejercido violencia responsabilizable frente a las mujeres y niñ@s a quienes los hombres han victimizado es complicado y exige que l@s practicantes creen estructuras de responsabilización individual y organizacional. En mi trabajo con hombres que han ejercido violencia, mantengo cerca a las mujeres y niñ@s victimizad@s por la violencia del hombre. Traigo conmigo a la sala a estas mujeres y niñ@s, metafóricamente. Cuando estoy conversando con el hombre, me cuestiono reflexivamente cómo evaluaría la mujer mi conversación terapéutica. ¿Cómo estoy honrando y dignificando a Julie en mi esfuerzo por dignificar a Joe? Podemos mantener estas cosas en tensión: no es lo uno o lo otro. Nuestro trabajo con hombres que han ejercido violencia puede sernos de ayuda a tod@s si es responsabilizable frente al proyecto mayor de resistir, desmantelar y transformar la cultura de la violación.

[39]

Estas cuestiones pueden ser útiles para enmarcar las respuestas individuales y organizacionales a las estructuras de responsabilización en el trabajo con hombres que han ejercido violencia:

- ¿De qué forma mi trabajo con un hombre individual es responsabilizable frente a las personas con las que ha sido violento? ¿Cómo contribuye mi organización a esta responsabilización?
- Personalmente, ¿de qué forma le presto atención a esta responsabilización?
- ¿De qué forma es nuestro trabajo dirigido o informado por las mujeres y niñ@s victimizad@s por los hombres que ejercen violencia? ¿Qué estructuras de responsabilización podemos crear para que este trabajo sea más cercanamente responsabilizable frente a las mujeres y niñ@s que han sufrido esta violencia?
- Personal y profesionalmente, ¿de qué manera estoy resistiendo a la cultura de la violación? ¿De qué forma está mi organización, cuerpo profesional, disciplina, práctica privada, facultad de capacitación/enseñanza resistiendo a la cultura de la violación? ¿Cómo puedo impactar el trabajo en todos estos ámbitos de modo que sea más responsabilizable?

- ¿Quién solidariza conmigo en la resistencia a la cultura de la violación en estos ámbitos profesionales? ¿Quiénes son mis aliad@s? ¿Qué acceso al poder tenemos en estos dominios mediante el cual podamos promover el trabajo duro y ético para resistir a la cultura de la violación?
- ¿Estamos siendo más riguros@s llevando las cuentas de las fuentes de financiamiento que llevando la responsabilización frente a las víctimas de violencia masculina? Si es así, ¿cómo podemos resistirnos frente a esto y qué personas/comunidades/organizaciones pueden ayudarnos a alinear éticamente nuestras prácticas con nuestra ética?

El siguiente es un ejemplo de cómo se ve en la práctica el ser responsiv@s y mantener nuestro trabajo responsabilizable frente a las mujeres. Trabajé como supervisora de un centro para sobrevivientes de tortura. Se me acercaban mujeres racializadas, mujeres refugiadas, mujeres migrantes y mujeres en busca de asilo y me decían “usted es blanca, sabe hablar en su idioma de un modo en que la escuchan. Necesitamos que hable con la policía sobre el hecho de que deben entender que los hombres que son víctimas de violencia política y de tortura no están necesariamente golpeando a sus esposas cuando un vecino llama a la policía”.

[40]

Estas mujeres me decían que ellas nunca llamarían a la policía por protección. Es una señal de privilegio el pensar que si llamas a la policía su primer interés es tu seguridad. Muchas personas nunca tienen ese privilegio, en particular las personas pobres, las personas racializadas y minoritizadas y quienes buscan asilo. Estas mujeres explicaban que a veces lo que ocurría era una analepsis o una experiencia psicológica basada en la violencia política y la tortura que el hombre había sufrido. La policía lo ve como un caso de violencia doméstica, que las mujeres describen como algo mucho más complicado que eso. Si presentan cargos contra el hombre, podría perder su asilo o su estatus de refugiado y toda la familia sufre.

## SUPERVISIÓN RESPONSABILIZABLE INFORMADA DESDE EL FEMINISMO

Los hombres que ejercen violencia deben ser responsabilizables frente a las mujeres y niñ@s victimizados por la violencia masculina. Los terapeutas y las organizaciones que trabajan con hombres que han ejercido violencia necesitan crear estructuras de responsabilización frente a estas mujeres y niñ@s en su trabajo. También es necesaria la supervisión informada desde el feminismo por parte de mujeres que tengan el coraje moral de desafiar incluso las mejores intenciones de terapeutas hombres responsabilizables. Lo que se necesita es un ajuste de cuentas con el privilegio masculino, que según podemos predecir, será molesto, y posiblemente el malestar sea necesario (Kumashiro, 2004). La trabajadora social crítica canadiense Barbara Heron (2005) describe la “doble comodidad” como la comodidad que sigue al acto de nombrar nuestro acceso al privilegio, como el poseer privilegio masculino, y luego no hacer nada para mitigarlo. La supervisión crítica necesitará interrumpir esta doble comodidad con invitaciones a tomar acciones que requieren más que solo nombrar el privilegio, y presentar vínculos directos entre el trabajo terapéutico y la resistencia y el desmantelamiento de la cultura de la violación.

Las siguientes preguntas son útiles para la supervisión informada desde el feminismo en el trabajo con hombres que han ejercido violencia:

- ¿Cómo estoy sosteniendo la seguridad de las mujeres y los niños con los que este hombre ha sido violento al centro de este trabajo?
- ¿Cómo estoy abordando la cultura de la violación en mi trabajo con este hombre que ha ejercido violencia? ¿De qué manera me influencian en este trabajo las complejas concepciones del poder y un análisis informado desde el feminismo?
- ¿Cómo estoy abordando mi propio acceso al poder y privilegio masculinos en este trabajo? ¿Sobre quién me estoy apoyando para hacer este difícil trabajo?

[41]

- ¿Cómo me mantengo abierto a la crítica y a la posibilidad de que mi práctica revele algo más que la responsabilización frente a las mujeres victimizadas por el ejercicio de violencia de este hombre?
- ¿A qué puedo ponerle atención que pueda darme a entender si estoy trabajando de modos que no están en línea con mis compromisos con hacer un trabajo de responsabilización informado desde el feminismo?
- ¿Qué estoy haciendo para resistir, transformar y acabar con la cultura de la violación? ¿En mi trabajo, en mis comunidades, en otros aspectos de mi vida?

### Género del terapeuta

Johnella Bird (2000), una terapeuta neozelandesa feminista e informada por la narrativa, enseña que cuando les pregunta a los hombres qué quieren, ellos dicen que quieren relaciones justas y equitativas y luego ella los sostiene.

Quiero honrarlos y dignificarlos. Y porque soy mujer, creo estar bien dotada (Bird, 2006) para hacerlo. Estas son preguntas útiles que puedo preguntarles a los hombres:

- ¿Cómo es para ti poder sentarte en esta conversación difícil conmigo como mujer y admitir que has ejercido violencia contra mujeres?
- ¿Qué dice de ti como hombre el que vayas a tener esta conversación conmigo, una mujer? ¿Cómo podrían influir nuestros distintos géneros en lo que puedes o no decir en nuestro trabajo juntos?
- ¿Estoy lo suficientemente a salvo contigo en esta conversación? ¿Qué sabes sobre ti mismo que te hace confiar en que puedes ser un hombre lo suficientemente seguro en una conversación difícil con una mujer?
- ¿Crees que sea posible que tú y yo podamos crear una relación respetuosa para todo nuestro trabajo juntos? Como hombre, ¿qué necesitarás para mantenerte respetuoso con una mujer terapeuta cuando hablamos de tus acciones violentas contra otras mujeres y niños?

[42]

- Si tú y yo pudiéramos tener una relación respetuosa, ¿qué podría decir eso sobre quién eres o puedes ser como hombre en relaciones con mujeres?

Cuando comencé como terapeuta trabajando con hombres jóvenes que habían ejercido violencia contra sus madres, había dudas sobre si las mujeres terapeutas podrían o no hacer este trabajo efectiva y éticamente. No creo que sea nuestro género lo que nos califica para el trabajo, sino más bien nuestro posicionamiento ético y nuestro análisis político informado por el feminismo.

Pienso que es posible que terapeutas hombres sean terapeutas éticos y útiles para mujeres que han sufrido violencia masculina. He supervisado algunos hombres responsabilizables que trabajan como consejeros en materia de drogas y alcohol, y algunas de sus clientas eran mujeres que habían sido victimizadas por violencia masculina a lo largo de su vida. Estos hombres tenían ese frío miedo en la barriga de que, como terapeutas, iban a transgredir a estas mujeres que habían sido victimizadas por hombres. Pienso que ese frío miedo en la barriga, ese terror que tienes de que podrías causarle daño a una mujer, es un recurso para los terapeutas hombres, y que de hecho es necesario trabajar responsabilizadamente en esta situación (Reynolds, 2014). Estos hombres respondían a esto buscando supervisión terapéutica informada por el feminismo.

### **Supervisión viviente**

Nuestra ‘supervisión’ más fidedigna y útil proviene de nuestros clientes. A pesar de nuestras mejores intenciones y de nuestra capacitación comprometida, pienso que aprendemos nuestro trabajo sobre la espalda de nuestros clientes. Utilizo un proceso que denomino Supervisión Viviente (Reynolds, 2014) para centrar al cliente como el experto en la relación terapéutica, y para proporcionar una estructura de responsabilización para los terapeutas hombres que trabajan con clientas mujeres que han experimentado violencia masculina.

En la Supervisión Viviente tengo una conversación con el terapeuta hombre y con la clienta, la mujer que ha sufrido violencia masculina. El terapeuta está en posición de escucha, y como supervisora, entrevisto a la clienta. Indagamos sobre la relación terapéutica, y pregunto de qué manera ha sido útil la relación terapéutica, los modos en que no ha sido útil, y de entre las cualidades que el terapeuta trae al trabajo, cuáles considera la mujer que son útiles para ella.

Luego entrevisto al terapeuta sobre la relación, preguntando qué ha traído la mujer para volverla útil, reconociendo que nuestros clientes nos hacen mejores terapeutas si estamos abiertos a escuchar sus respuestas al conversar.

[43]

Le pregunto al hombre sobre sus esperanzas para la mujer y sobre cualquier experiencia vivida de la que haya sido testigo que apuntale esas esperanzas. Pregunto sobre sus respuestas a la conversación de la mujer y qué significado tiene para él, dando espacio a que el terapeuta reconozca la ‘supervisión’, expertise y crítica ofrecidas por la clienta.

En una situación la conversación de Supervisión Viviente reveló que esta era la primera relación con un hombre que la clienta podía recordar en que había sido respetada y el hombre no había actuado inapro-

piadamente ni la había transgredido de algún modo. De hecho, él había sido muy cuidadoso al abrirle la puerta, pero siempre pasando él primero para que ella no tuviera preocuparse de que le estuviera ojeando el cuerpo. Según ella recuerda, este es el primer hombre que haya mantenido su dignidad y cuidado al centro de la relación. No había estado en una relación como esta. Esto no quiere decir que esté segura en el mundo, ni es una razón para aplaudir o estarle agradecida al terapeuta por una conducta decente y respetuosa, pero muestra que hay una cultura de hombres responsabilizables. No todos los hombres te harán daño. El mundo no es un lugar del todo pavoroso al que no perteneces.

Las mujeres pueden trabajar con hombres que han ejercido violencia, y los hombres pueden trabajar con mujeres que han experimentado violencia masculina dentro de estructuras de supervisión informada por el feminismo y prácticas de responsabilización. No es nuestro género lo que nos califica para nuestro trabajo, pero tampoco debería descalificarnos. Los trabajadoras de género variante o transgénero también pueden trabajar efectivamente entre géneros porque están bien posicionadas para transgredir y desgarrar los roles normativos de género que sostienen al patriarcado y la cultura de la violación.

Como practicantes orientadas por la justicia social, debemos enfrentar la opresión en todos sus ámbitos. El patriarcado está apoyado por binarismos fijos de género, ‘hombre’ y ‘mujer’, que ‘invisibilizan’ a las personas transgénero y de género variante, y vigilan la performance de género de qué conducta está permitida, sentando las bases tanto para la cultura de la violencia como para la cultura de la violación. Las personas queer y sexualmente variantes experimentan una homofobia que opera en conjunto con el patriarcado para vigilar la heteronormatividad y castigar a quienes la transgreden. La resistencia trans y queer le da más espacio a las personas de género y sexo variante ubicadas en los márgenes del poder, sacude los cimientos del patriarcado de modos complejos, y nos da más espacio a todos nosotras (Spade, 2011).

[44]

## CONCLUSIÓN

El trabajo con hombres que han ejercido violencia requiere de supervisión informada por el feminismo, responsabilización frente al poder y la habilidad de tener compasión y de sostener la dignidad del hombre con la que estás trabajando junto con la compasión y responsabilización frente a las mujeres y niños contra los que ha ejercido violencia.

No veo como proyectos en competencia mi trabajo activista y profesional contra la violación y apoyando a mujeres que han sufrido violencia masculina y mi trabajo con hombres que han ejercido violencia, aunque hay una tensión al sostener ambos espacios. Hay complejidades involucradas en la práctica de una política de resistencia en “una era de cooptación e incorporación” (Spade, 2011, p. 34), y podemos quedar atrapadas en la competencia por recursos escasos que ponen en mutua contra a los servicios para hombres y aquellos para mujeres. Esta situación nos configura como perros bajo la mesa peleando por los huesos.

Nuestro análisis y activismo deben adoptar modos de abordar todas las facetas de la violencia masculina sin replicar la competencia entre hombres y mujeres. Como activista, sigo trabajando en el intento de cambiar las estructuras opresivas que promueven la cultura de la violación. Es complicado, difícil y a veces doloroso mantener estas cosas en tensión – un cuidado compasivo por hombres que han sido violentos junto con una responsabilización compasiva y dignificada frente a las mujeres que han sido victimizadas por violencia masculina. Pero como dicen los activistas, podemos caminar y mascar chicle. Nuestro proyecto colectivo como practicantes mujeres, hombres y de género variante es visualizar otros mundos posibles y mantener responsabilizables todas las facetas de nuestro trabajo para resistir, desmantelar y transformar la cultura de la violación.

## DEDICATORIA

*Respeto, honor y amor a las mujeres de mi familia extendida y familia por elección que me han apoyado en mi vida y trabajo: para mis hermanas Susie y Nancy; y especialmente para nuestra madre, Joan Manuel Reynolds, quien es nuestra roca y profesora de un tipo de feminismo basado en la fortaleza, la inteligencia y el coraje moral.*

[45]

## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo y la escritura ocurrieron en los territorios indígenas de las naciones musqueam, skxwumesh-ulh uxwuhmixw (pronunciado squamish) y tsleil-waututh, que nunca se rindieron. Este trabajo es profundamente colaborativo y le debe mucho a una diversidad de activistas, terapeutas y trabajadores comunitarios. Saludo especialmente a la diversidad de mujeres en WAVAW (Women Against Violence Against Women; Mujeres Contra la Violencia Contra las Mujeres), el centro de crisis de violación en el que soy supervisora de consejería. Estas mujeres me han educado, desafiado, criticado y transformado. Aprecio a Magin Payet Scundellari por su habilidosa transcripción.

Este artículo se enmarca en mi participación en un panel titulado Trabajando con hombres que ejercen violencia, que fue creado y habilidosamente facilitado por Maria Losurdo, Directora del Programa de Capacitación y Desarrollo de Trabajadores Familiares en Nueva Gales del Sur, Australia. Mi gratitud y respeto a los otros panelistas: Ivan Clarke, Eric Hudson y Mary-Jo McVeigh. Gracias a Irene Tsepopoulos-Elhaimer, Sekneh Hammoud-Beckett y Peter Navratil por lecturas cuidadosas y constructivas, que hicieron de este un artículo más útil y responsabilizable.

## REFERENCIAS

- Akinyela, M. (2002). De-colonizing our lives: Divining a post-colonial therapy. *The International Journal of Narrative Therapy and Community Work*, 2, 32-43.
- Bird, J. (2000). *The heart's narrative: Therapy and navigating life's contradictions*. Auckland, Nueva Zelanda: Edge Press.
- Bird, J. (2006). *Constructing the narrative in supervision*. Auckland, Nueva Zelanda: Edge Press.

Buchwald, E., Fletcher, P., y Roth, M. (1993). *Transforming a rape culture*. Mineápolis: Milkwood Editions.

[46]

- Butler, J. (1997). *Excitable speech: A politics of the performative*. Nueva York, NY: Routledge.
- Coates, L., y Wade, A. (2004). Telling it like it isn't: Obscuring perpetrator responsibility for violence. *Discourse and Society*, 15, 499-526.
- Coates, L., y Wade, A. (2007). Language and violence: Analysis of four discursive operations. *Journal of Family Violence*, 22, 511-522.
- Cohen, A. (2012, 14 de mayo). Yes America we have executed an innocent man. *The Atlantic*. Recuperado de <http://www.theatlantic.com/national/archive/2012/05/yes-america-we-have-executed-an-innocent-man/257106/>
- Crenshaw, K. (1995). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of colour. En K. Crenshaw, G. Gotanda, G. Peller, y K. Thomas (eds.), *Critical race theory: The key writings that formed the movement* (pp. 357-383). Nueva York, NY: The New Press.
- Cushman, P. (1995). *Constructing the self, constructing America: A cultural history of psychotherapy*. Reading, MA: Addison Wesley.
- The “F” Word Media Collective. (2014). The “F” word. Recuperado de <http://www.coopradio.org/content/f-word>.
- Freire, P. (1970). *Pedagogy of the oppressed*. Nueva York, NY: Continuum.
- Herman, J. (1992). *Trauma and recovery*. Nueva York, NY: Basic Books.
- Heron, B. (2005). Self-reflection in critical social work practice: Subjectivities and the possibilities of resistance. *Journal of Reflective Practice*, 6(3), 341-351.
- Hill, H. (2010). *500 years of Indigenous resistance*. Vancouver, Canadá: Arsenal Pulp Press.
- hooks, b. (1984). *Feminist theory: From margin to center*. Cambridge: South End Press.
- hooks, b. (2000). *Feminism is for everybody: Passionate politics*. Cambridge: South End Press.

[47]

- Jenkins, A. (1990). *Invitations to responsibility: The therapeutic engagement of men who are violent and abusive*. Adelaida: Dulwich Centre Publications.
- Kivel, P. (2007). Social service or Social change, en INCITE! Women of color against Violence (eds.), The Revolution will not be funded: Beyond the non-profit industrial complex (pp. 21-40). Cambridge, MA: South End Press.
- Kumashiro, K. (2004). *Against commonsense: Teaching and learning towards social justice*. Nueva York, NY: Routledge.
- Madanes, C., Kleim, J., y Smelser, D. (1995). *The violence of men: New techniques for working with abusive families: A therapy of social action*. San Francisco, CA: Jossey-Bass.
- Namaste, V. (2000). *Invisible lives: The erasure of trans-sexual and transgendered people*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- National Status of Women. (1993). *Evaluation report of the women's program (Appendix B)*. Recuperado de [www.swcfc.ca/account-resp/pr/wpeval-evalpf/wpe-epf-eng.pdf](http://www.swcfc.ca/account-resp/pr/wpeval-evalpf/wpe-epf-eng.pdf)

- Prochuk, A. (2014). *What is rape culture?* Recuperado de [www.wavaw.ca/what-is-rape-culture/](http://www.wavaw.ca/what-is-rape-culture/)
- Rape Crisis Scotland. (2011). *Stop rape: 10 top tips to end rape.* Recuperado de [http://www.rapecrisisscotland.org.uk/workspace/uploads/files/ras\\_Btopten\\_Dposta4fin.pdf](http://www.rapecrisisscotland.org.uk/workspace/uploads/files/ras_Btopten_Dposta4fin.pdf)
- Razack, N. (2002). *Transforming the field: Critical antiracist and anti-oppressive perspectives for the human service practicum.* Halifax: Fernwood Publishing.
- Reynolds, V. (mimeo). Hate kills: A social justice response to “suicide”. En J. White, J. Marsh, M. Kral, y J. Morris (eds.), *Critical Suicidology: Towards creative alternatives*. Vancouver, BC: University of British Columbia Press.
- Reynolds, V. (2002). Witnessing threads of belonging: Cultural Witnessing Groups. *Journal of Child and Youth Care*, 5(3), 89-105.
- Reynolds, V. (2010). Doing justice: A witnessing stance in therapeutic work alongside survivors of torture and political violence. En J. Raskin, S. Bridges, y R.

[48]

- Neimeyer (eds.), *Studies in meaning 4: Constructivist perspectives on theory, practice, and social justice*. Nueva York, NY: Pace University Press.
- Reynolds, V. (2014). Centering ethics in therapeutic supervision: Fostering cultures of critique and structuring safety. *The International Journal of Narrative Therapy and Community Work*, 1, 1-13.
- Reynolds, V. y Hammoud-Beckett, S. (2012). Bridging the worlds of therapy and activism: Intersections, tensions and affinities. *International Journal of Narrative Therapy and Community Work*, 4, 57-61.
- Reynolds, V. y polanco, m. (2012). An ethical stance for justice-doing in community work and therapy. *Journal of Systemic Therapies*, 31(4), 18-33.
- Richardson, C., y Reynolds, V. (2012). “Here we are amazingly alive”: Holding ourselves together with an ethic of social justice in community work. *International Journal of Child, Youth and Family Studies*, 1, 1-19.
- Robinson, T. (2005). *The convergence of race, ethnicity, and gender: Multiple identities in counselling* (2a ed.). Boston, MA: Pearson Education.
- Smith, A. (2006). Heteropatriarchy and the three pillars of white supremacy: Rethinking Women of Color Organizing. En INCITE! Women of Color Against Violence (eds.), *Color of Violence: The INCITE! Anthology* (pp. 66-73). Cambridge, MA: South End Press.
- Space, D. (2011). Normal life: Administrative violence, critical trans politics, and the limits of law. Brooklyn, NY: South End Press.
- Statistics Canada. (1993). *Juristat: Canadian Centre for Justice Statistics*. N° de catálogo 85-002-XIE, 19(3).
- Sussex Police. (2011). *Be smart.* Recuperado de [http://www.psni.police.uk/be\\_smart\\_female\\_postcard.pdf](http://www.psni.police.uk/be_smart_female_postcard.pdf)
- Tomm, K. (1990). *Ethical postures in family therapy*. Artículo presentado en la reunión annual de la American Association for Marriage and Family Therapy. Filadelfia: PA.

[49]

- United Nations (2010). Violence against women. Recuperado de [http://unstats.un.org/unsd/demographic/products/Worldswomen/WW2010\\_Report\\_bychapter.pdf](http://unstats.un.org/unsd/demographic/products/Worldswomen/WW2010_Report_bychapter.pdf)/Violence against women.pdf

Wade, A. (1997). Small acts of living: Everyday resistance to violence and other forms of oppression. *Journal of Contemporary Family Therapy*, 19(1), 23-40.

Walia, H. (2012). *Decolonizing together: Moving beyond a politics of solidarity toward a practice of decolonization*. Recuperado de <http://briarpatchmagazine.com/articles/view/decolonizing-together>

---

## CÓMO CITAR ESTA TRADUCCIÓN

*Formato APA:* Reynolds, V. (2014) Resisting and transforming rape culture: An activist stance for therapeutic work with men who have used violence (Ignacio Moreno Fluxà, trad.). *The No to Violence Journal*, primavera de 2014, 29-49.

*Formato Chicago:* Reynolds, Vikki. “Resisting and transforming rape culture: An activist stance for therapeutic work with men who have used violence”. Traducido por Ignacio Moreno Fluxà. *The No to Violence Journal*, primavera, 2014: 29-49.

---